

Honoris causa por la Universidad Complutense de Madrid (7/11/2013)

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector, Autoridades Universitarias, Profesor Antonio Hernando, Profesores, señoras y señores.

Empiezo mis palabras emocionado por la brillante y generosa laudatio de mi admirado amigo Antonio Hernando. Quiero agradecer especialmente a quienes han dedicado con cariño su tiempo, el bien más preciado en nuestra profesión, para que este acto tuviese lugar. Que esta distinción provenga de una señera Universidad, como la Complutense, una de las más antiguas y distinguidas, me llena de orgullo.

El Instituto Salvador Velayos creado, impulsado y dirigido en la Universidad Complutense por Antonio Hernando constituye un brillante ejemplo de cómo la ciencia básica de vanguardia puede y debe, en muchos casos, abrir caminos para transformar ideas en productos, en riqueza, en definitiva en bienestar social. Es un ejemplo de éxito que siempre hemos tenido presente al impulsar nuestros proyectos.

Considero que esta gran distinción reconoce asimismo la excelencia de la institución a la que me honro en pertenecer: la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. Ver hoy aquí a varios de sus antiguos rectores encabezados por nuestro rector actual Iñaki Goirizelaia me alegra especialmente.

La necesidad de obedecer al Rector de mi nuevo claustro me obliga a limitarme a diez minutos. No me referiré pues a mis contribuciones científicas, resumidas magistralmente por el Profesor Hernando, ni a mi etapa escolar en Isaba, ni al bachillerato en Lekarotz, ni a los fructíferos años en la Universidad de Navarra, ni a los hermosos años de Doctorado en la Universidad de Cambridge, ni a las estancias post-doctorales en los Estados Unidos, Suecia y Copenhague. Empezaré con mi etapa como joven catedrático en la Universidad de Barcelona, acogido por una persona que hoy ya no está entre nosotros, y que siempre tendrá un lugar destacado en mi corazón: Pedro Pascual.

El estilo de Pascual basado en la generosidad, en dar más de lo que se recibe, es la mejor manera de conseguir un grupo en el que un bien entendido amor propio, un gran deseo de emulación, vayan unidos al compañerismo y a la ayuda mutua.

En 1980 dejé la Universidad de Barcelona, y regresé a Euskadi para formar parte del Gobierno Vasco presidido por el Lehendakari Carlos Garaikoetxea. Fue un privilegio pertenecer a aquel Gobierno. Trabajé por lo que entonces eran, y hoy siguen siendo, mis ideales políticos.

En 1984 vuelvo a Cambridge, esta vez como "Overseas Fellow" del Churchill College, y como Profesor Invitado en el Cavendish. Tres años después me incorporo a la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea en la que me encuentro

muy a gusto haciendo y enseñando ciencia, una doble y noble labor a la que he dedicado y dedico una parte importante de mi vida.

Y lo he hecho porque considero que la ciencia es mucho más que sus aplicaciones prácticas: es una parte esencial de la cultura moderna, es una aventura humana, una aventura intelectual. A mi parecer y sin despreciar otras contribuciones, el edificio conceptual de la ciencia moderna es la obra cultural colectiva más importante de la humanidad.

Los investigadores científicos, como regla general, y tal como señala Wilson citando a Whitehead, no quieren descubrir para conocer sino conocer para descubrir. Un científico no es juzgado por lo mucho o poco que sabe sino por sus descubrimientos. Por formación y por necesidad la gran mayoría de los científicos no nos ocupamos de temas generales, la vida es dura en la frontera.

Con el paso de los años me doy cada vez más cuenta de la necesidad de aprender de otros temas, de lo bueno que es aprender otras formas de aprender, otras formas de ver las cosas. Mis agradables charlas con un maestro, un gran investigador con mucha sabiduría como Alberto Galindo me hacen sentir un gran deseo por ampliar mis limitados horizontes.

La exploración de lo más grande y lo más pequeño, –el encanto de los extremos, como dice mi amigo Roald Hoffmann– debe ser contrastada con otro tipo de física, el intento de entender, el

mundo ordinario aquí y ahora. Este tipo de exploración de la naturaleza real de los objetos “normales”, el silicio, el vidrio, los semiconductores, los superconductores, las nanoestructuras, ejerce una fascinación intelectual que, siendo un poco más sutil no es ni menos fascinante ni menos desafiante que otras áreas de la física, y en muchas ocasiones es más exigente porque tiene que ceñirse a las limitaciones que la realidad nos impone.

Se requiere un alto grado de creatividad para encontrar conceptual, matemática y experimentalmente la manera de enfocar lo esencial, de obtener la información precisa que nos permita entender el mecanismo, el porqué. La física de la materia condensada, en general, solo prueba teoremas aproximados, en esta aparente modestia radica su dificultad y su grandeza. Es –como toda ciencia– el arte de la imaginación científica, el arte de la aproximación.

El conocimiento en general, y el conocimiento científico tecnológico en particular, va a ser un factor decisivo en nuestro desarrollo económico y social. Esto lo expone magistralmente el eminente genetista Ginés Morata al señalar que: *“La cultura del siglo XXI que acaba de comenzar va a ser una cultura científico-técnica, ya lo ha sido en gran parte la del siglo XX. Si aspiramos a formar parte del grupo de los países avanzados, la Sociedad en general y nuestros políticos en particular, deben concienciarse de la gran importancia de este hecho y consecuentemente promocionar el desarrollo científico-tecnológico.”*

Por ello, son necesarios acuerdos sólidos y amplios para garantizar la continuidad de las políticas. Necesitamos un sistema diverso con autonomía frente a los poderes públicos, con agencias de financiación sin movimientos pendulares o erráticos. Esta continuidad ha sido la guía de la política vasca que ha permitido la estabilidad de nuestro proyecto, proyecto impulsado y catalizado asimismo por la visión de varias empresas privadas. Quiero agradecerles hoy aquí el apoyo a nuestros proyectos: MAPFRE, Telefónica, CAF, Kutxa y Naturgas, encabezan una lista que me gustaría ampliar.

Gran parte de nuestro esfuerzo se ha dedicado a crear las condiciones para poder trabajar con “normalidad”. Hemos tenido que competir subiendo al monte con una mochila. Claro está que la generación anterior –amigos como Pedro Pascual, Alberto Galindo, Agustín Del Moral, Fernando Flores, Juan Rojo o Félix y Pako Yndurain, por citar algunos muy cercanos– ha subido con mochilas mucho más pesadas.

El esfuerzo político encabezado por Juan Rojo y sus colaboradores permitió insertar a nuestros investigadores con plena normalidad en la comunidad científica internacional. Tomo prestadas unas palabras de Pedro de Aguerre, Axular: *“Nor da euskal-herrian aldez edo moldez, zordun eta obligatu etzaitzunik?”* Amigo Juan, ¿quién en la Ciencia Española, de una forma u otra, no está en deuda contigo? ¿Quién no te debe reconocimiento?

A lo largo de mi vida científica he colaborado con muchas personas y he contraído deudas de esas que no se pueden pagar. Debo mucho a mucha gente. No puedo citarlos a todos pero no quiero dejar de nombrar expresamente a cuatro colaboradores en etapas diferentes de mi vida: John Pendry, Rufus Ritchie, Fernando Flores y Eugene Chulkov. Grandes investigadores y grandes personas, que unen a su excelente competencia técnica, una gran altura moral, una admirable generosidad, talento y creatividad. Agradecimiento muy especial a los compañeros y compañeras de mi grupo de investigación. A todo este grupo de personas extraordinarias mi profunda gratitud por lo que juntos hemos construido. Ver hoy volar tan alto y tan bien a mis estudiantes de doctorado es una satisfacción difícilmente superable.

Nuestros padres Felisa Landiribar Cenoz y Pedro Echenique Iparraguirre hubieran gozado inmensamente con esta distinción, en palabras propias de un bertsolari... *"nahiago nuke edozer baino, hemen bizirik baleude"*. Por encima de todo querría que hoy estuviesen aquí. Me queda el resto de mi familia. En especial mi mujer, Montserrat Clerigué Garate, quien es mi principal apoyo. Ella, y mis dos maravillosas hijas Ainhoa y Maria, Maria y Ainhoa, son mi alegría de vivir.

Antes de concluir, quiero reiterar mi profundo agradecimiento a Antonio Hernando, a la Facultad de Físicas, y a la Universidad

Complutense por otorgarme la mayor distinción académica que uno puede recibir, el Doctorado Honoris Causa.

Recuerdo los paseos con nuestro padre, médico pediatra, por uno de los valles más hermosos del País Vasco, el valle del Roncal, en el pirineo navarro, mi Obaba particular. Cuando me contaba que si Don Luis había dicho tal o cual cosa, y yo le preguntaba la razón de su reverencia a dicha autoridad, su respuesta solemne era: "Es que Don Luis es Catedrático de la Complutense"

Muchas gracias, eskerrik asko.

Pedro Miguel Etxenike